

“A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en el mismo ataúd.”

—Alphonse de Lamartine.

La madre.

Hay muchos tipos de silencio. Hay silencios breves que, por breves que sean, se antojan eternos para quien los sufre; los hay incómodos, envenenados, cuando hasta el aire que los rodea parece electrizado; hay silencios grandiosos, vividos por aquellos para los que sobran las palabras, aquellos para los que una caricia, un gesto sutil suena con tanta fuerza como para ensordecir al trueno. Pero aquel silencio era distinto, era un silencio terco, capaz de sofocar con su pesada presencia cualquier ruido. No es que no se oyera nada; lo curioso era que, de puro denso, aquel silencio se hacía escuchar.

La madre, al despabilar sus sentidos antes que su cuerpo, percibió aquella calma espesa que ralentizó su despertar aún más. Hacía mucho tiempo que su oído estaba acostumbrado a vivir rodeada de ruido. El último momento de silencio que su memoria se empeñaba en recordar fue el instante, increíblemente callado y breve, antes de que el primer misil sembrara el infierno en la calle donde estaba su casa. Después de aquello, todo fue ruido. Recordaba el momento en que oyó por primera vez un arma de fuego disparando cerca de ella y cuya memoria todavía le hacía salir del sueño de un respingo, con el corazón acelerado y la frente perlada de un sudor grueso y helado. Más tarde se hizo cotidiano el estruendo de las explosiones de proyectiles, cayendo sin aviso, haciendo que el mundo a tu alrededor se rompa y salte por los aires, herido por una mano invisible, ajena a la destrucción que siembra desde algún lugar remoto.

Y tras el estallido de la pólvora y el metal, cuando los tímpanos dejan de doler y el zumbido restante va desapareciendo, crecen otros sonidos, otros menos escandalosos, pero más dañinos: el trueno cruel de las voces que se apagan rápidamente, el aullido agudo de dolor e impotencia y por supuesto el llanto, siempre el llanto, un llanto que apaga a casi todos los demás sonidos, clamando por una explicación, que nunca llega, ante aquella repentina destrucción de lo querido.

Y cuando ya nada queda en pie, excepto los restos de humanos que han sobrevivido a la destrucción, cuando el llanto para por agotamiento, ruge la necesidad de buscar un lugar donde el cielo no siembre mayores descalabros entre las vidas que todavía aguantan, ya que todo lo demás ha cedido su sitio a los escombros y la muerte. El escándalo de la huida comienza entre los gritos que jalean a los vivos que buscan algún lugar lejos de allí, para intentar seguir con los restos de unas existencias desaparecidas como por ensalmo. Tu comitiva de fantasmas se va haciendo mayor conforme otros grupos se unen al tuyo y todos buscan noticia de los que conocen o, mejor dicho, los que conocían. El río de voces clama sin fin entre las hileras, preguntando por nombres sin dueño, por nombres ya vacíos, sin vida. Son escasas las preguntas respondidas, son pocos los nombres que encuentran contestación y es entonces donde el llanto, el llanto continuo, se mezcla con la alegría, dando vida a una algarabía extraña, agridulce.

En el campo de refugiados, el ruido no cesa, sólo cambia de forma. El hacinamiento hace que una sola voz quiera sobreponerse al clamor de una miríada de otras tantas, que piden comida, agua, calor, lo que sea, algo; algo que les haga creer que el mundo que les rodea sigue mereciendo la pena ser vivido. Allí encontró por fin palabras de auxilio y comprensión que, aunque estuvieran pronunciadas en lenguas extrañas, aportaban algo de consuelo a unos oídos tan dañados por el odio y la destrucción. Y saber escuchar se volvió importante; había que tener el oído atento para ser de los primeros en escuchar el ronroneo lejano de los motores de los camiones que traían ayuda humanitaria, ya que era la diferencia entre alcanzar algo de comida para pasar el día o pasarlo en ayunas, escuchando el lamento grave de las tripas vacías.

La madre hacía mucho que vivía rodeada del fragor de ruidos diferentes y temibles, hijos de la guerra, a los que, en definitiva, había llegado a acostumbrarse y que ahora echaba en falta. Aquella ausencia de ruido no era normal y el sopor de su mente desapareció bruscamente, espantado por un temor irracional, provocado por aquella situación tan inusitada. De un respingo instintivo se incorporó sobre el jergón donde pasaba las noches e incluso algunos días, acurrucada junto a sus dos pequeños, para compartir el calor y así soportar mejor el frío de aquel invierno que estaba siendo especialmente cruel y gélido.

Tras el oído, el resto de sentidos, aunque algo abotargados, comenzaron a despertar también. La vista fue la siguiente en desperezarse, para comprobar que la vetusta tienda de campaña que les servía de cobijo seguía en pie, a pesar del viento y la lluvia que amenazaban con abrirse camino entre sus gastados hilos de grueso tejido. Una inútil estufa de queroseno, sin queroseno y un tostado cubo de zinc lleno de exhaustas cenizas, que hacía la labor de brasero, componían el magro ajuar del lugar. El gusto pastoso de su boca le recordó que anoche la comida hubo que pasarla por alto y que viejos cuentos de cuando todo era mejor sustituyeron al preciado alimento, hasta que el sueño amable borró el hambre con un necesario descanso. El olfato se puso a funcionar de inmediato, sólo para comprobar que aquel olor que llegó entrelazado en los hilos de la tienda seguía allí, olor a otras guerras, otros refugiados, que impregnaron para la eternidad la sufrida lona con los restos de su existencia y que ahora se mezclaban con sus propias esencias, dejando el aire cargado de humanidad, denso y húmedo, difícil de respirar. El tacto fue el más rezagado en despabilarse y le trajo una sensación extraña que hizo que no quedara un solo pelo en su cuerpo que no se erizase. Era frío sin duda lo que su piel notaba, pero no era el de siempre; este frío era mucho más intenso, calaba rápido y profundo, provocando dolor en el pecho al respirar. Tiritó bajo la vieja ropa y el instinto la llevó a abrir los cierres que mantenían cerrada la tela de la puerta, para comprobar con ojos llenos de pasmo aquel nuevo y temible espectáculo: aquella noche, discretos copos de nieve habían cubierto de blanco el pardo asentamiento. Y era un espectáculo bello, todo hay que decirlo;

una sutil manta de limpia nieve lo cubría todo alrededor, borrando las aristas de los refugios, los caminos cenicientos y transformando los montones de basura en suaves montículos algodonosos, dejando al mundo en una silenciosa pausa, asombrando a todo el que se asomaba a aquel pedazo de planeta con la bella sencillez de aquel paisaje blanco y limpio.

Pero ella no se entretuvo mucho pasmada con aquel nuevo escenario. Una pecosa voluntaria, llegada de tierras lejanas, le había confiado el valioso secreto de que hoy llegaría una caravana de camiones cargados de ayuda. No sabía cuál sería la carga en esta ocasión, pero eso daba lo mismo; si era algo útil para su familia, mejor; si no, ya se encargaría de cambiar lo que pudiera conseguir por comida o combustible, eso era lo de menos. Ahora lo importante era llegar al punto de entrega antes que nadie, ya que, donde en principio había reinado la fraternidad entre aquellos desheredados del destino, ahora reinaba la ley del más fuerte. La fuerza se impuso sobre cualquier otra cosa y los que la ejercían acaparaban los mejores envíos, haciéndose ellos así más poderosos, mientras que los más débiles, cada vez lo eran más. Por eso el aviso de la llegada de la ayuda era tan valioso para ella. Los brutos que acaparaban los mejores suministros se habían vuelto perezosos; confiados en su poder y llegar antes que ellos era una ventaja que no se daba todos los días. Además, el punto de entrega variaba cada vez, para evitar que las mafias locales se posicionaran con ventaja sobre el terreno y ella sabía esta vez dónde exactamente harían el reparto; no era tiempo de contemplar el paisaje.

Despertó al pequeño de siete años que todavía remoloneaba bajo las mantas; no le explicó el motivo por el que se marchaba para evitarle la tentación de intentar conseguir algo de los camiones y que se viera envuelto en la refriega del reparto. Le ordenó que se quedara cuidando a su hermanita, de poco más de un año, que permanecía aún dormida bajo el abrigo protector de la ropa de cama. El crío había crecido entre la necesidad y era mucho más espabilado que otros niños de su edad; no había que repetirle las cosas dos veces y sabía que, aunque mirase fascinado el resplandor

de la nieve exterior, podía contar con su ayuda cuidando a su hermana menor mientras ella se ausentaba.

La hija.

Cuando se tiene apenas un año de vida, no hay mucho que contar. Y sin embargo, su existencia estuvo llena de sucesos dignos de mencionar. Pero como cualquier otro niño de la guerra, su corta edad la hacía ajena o al menos inconsciente de todo el trajín que se sucedía a su alrededor.

Para ella las explosiones y los disparos eran sonidos habituales y aunque no le gustaba que su descanso se viera interrumpido sin aviso por tanto ruido, acabó por dejar de llorar cada vez que se daba el caso. Se acostumbró a acurrucarse bajo el abrazo cálido y protector de su madre cada vez que el miedo o el hambre le asaltaban y por desgracia, acabó por ser una situación cotidiana. El latido del corazón materno, junto al que se cobijaba, marcaba el ritmo de su existencia. Cuando el ruido de las explosiones era continuo, notaba que el corazón materno se aceleraba y sabía que cuando el ritmo protector se tranquilizaba, el peligro iba pasando. Las explosiones cesaron hace algún tiempo, pero el hambre y el frío, llegaron para quedarse. La sonrisa materna y los juegos de su hermano mayor la distraían momentáneamente, pero llega un momento en que desaparecen las ganas de jugar y de sonreír; simplemente sigues ahí, aguantando, esperando el momento de la siguiente comida y poco más, sobre todo cuando el llanto deja su lugar a la tos. Una tos dolorosa que agotaba sus escasas fuerzas con cada funesto envite. Su pequeña existencia recuerda cuando el aire era cálido, agradable de respirar y espera que algún día vuelva a brillar el sol y que su calor la abrace como el padre al que no llegó a conocer.

Y así aquel día, como todos los anteriores, cuando notó la ausencia del latido materno, solamente se limitó a esperar hecha un ovillo, esperar a que esta vez hubiera comida, esperar a que el sol calentase, esperar a tener fuerzas para jugar otra vez, esperar, solo esperar.

El hijo.

Escuchaba a su madre intentando parecer lo más atento posible, pero sus ojos legañosos ya habían reconocido el resplandor limpio de la nieve recién caída y en su mente de crío de siete años sólo quedó espacio para la diversión que prometía aquella inesperada nevada. Le aseguró que se podía ir con tranquilidad, que él se haría cargo del cuidado de la hermana y de la tienda, tal y como ya había hecho anteriormente. Sí, no era la primera vez que recibía tal encargo y a pesar de su corta edad, su comportamiento en general era el de una persona mayor. La necesidad es la mejor maestra y el pequeño había crecido rodeado de esta cruel profesora. Pasaba el día zascandileando por las tiendas y chabolas del campo, siempre alerta para aprovechar la más mínima oportunidad y no era raro verle aparecer con algo de comida, agua o cualquier otra cosa que se cruzara en su camino. La madre le reñía por aquel comportamiento, pero en el fondo agradecía cualquiera de las cosas que “encontraba”, ya que para el que nada tiene, hasta el agua se le antoja un tesoro. Un niño al que la guerra hizo crecer deprisa, demasiado deprisa sin duda.

Los primeros momentos del conflicto fueron los más duros para él. Las batallas iniciales, el miedo y la separación de su padre, le parecían ahora como un lejano mal sueño. Su padre; a duras penas puede recordar ya su cara, pero su recuerdo sigue vivo, sobre todo porque su madre se empeña en mantenerlo, recordándoselo cada día, animando el cariño de la ausencia forzada con la promesa de que pronto volverá y que el día que vuelva los malos tiempos huirán espantados por su presencia casi mágica, lejana y fantástica. Pero después llegó el campo de refugiados y allí la cosa cambió mucho. Al principio la ayuda llegó en tropel, no faltaba comida ni cobijo y unas docenas de

sonrientes caras paliduchas se hicieron cargo de la organización inicial del lugar. Montaron sencillos hospitales de campaña y hasta escuelas para que ningún niño se encontrara abandonado a su suerte y todos pudieran aprender a hablar y leer correctamente en inglés. Sin duda el idioma local es demasiado difícil para que sus visitantes puedan aprenderlo y prefieren que ellos aprendan aquel otro lenguaje tan extraño, como sin duda vital para aquellos críos. Qué buen momento fue aquel; había cobijo, tranquilidad y libertad para divertirse entre las tiendas, donde pronto encontró otros niños con los que compartir eternos ratos de juego. Todos les prometían que pronto la guerra acabaría y todo volvería a la normalidad, pero la verdad era que aquello tampoco estaba tan mal. Algunos adultos se quejaban de que el campo era una cárcel, pero sus amigos y él disfrutaban de lo lindo en aquel lugar y no faltaba nunca algún rollizo voluntario que siempre quería hacerse una foto junto a ellos, con su reluciente teléfono móvil, tras lo que siempre aflojaba alguna chocolatina o un paquete de dulcísimas galletas o algo así. Debió de hacerse cientos de fotos, sin duda.

Pero el tiempo pasaba inexorable y la guerra no acababa. Ya fuera por falta de dinero o porque otras guerras habían hecho pasar de moda a la suya, el caso fue que los camiones de ayuda comenzaron a clarear y los animosos voluntarios extranjeros también. Después de un par de semanas agotadoras, la mayoría desaparecían para no volver. Le gustaba imaginarlos en sus confortables casas, rodeados de amigos o familiares, alguna tarde de ocio mientras mostraban las fotografías, celosamente atesoradas en sus flamantes teléfonos móviles, que daban testimonio de su esforzado trabajo, repartiendo pan ajeno entre los adorables refugiados, que habían visto sus vidas notablemente mejoradas gracias a sus denodados esfuerzos por enseñarles a hablar inglés con corrección.

El caso es que la situación había empeorado notablemente. El orden inicial dio paso a la ley de la fuerza; algunos se organizaron en grupos y los más fuertes impusieron sus propias normas, que en ningún caso hacían de aquel lugar un sitio mejor. Pronto el campo quedó dividido en zonas dominadas por diferentes facciones; una versión pequeña de la guerra y sus desastres volvió a

campar por sus respetos. Pero para él y sus amigos simplemente cambiaron de juego y ahora, libres de sus indispensables clases de idiomas, se dedicaban a deambular por las tortuosas callejas buscando, siempre buscando. No había nada que no fuera útil directa o indirectamente. Agua potable, madera, comida, cigarros, todo se podía aprovechar o cambiar por algo aprovechable. Una vez más, el ingenio competía con la fuerza bruta en la lucha diaria para sobrevivir. La necesidad le convirtió en maestro y raro era el día que no volvía a casa con algo con lo que aguantar un poco más.

Pero hoy le tocaba hacer guardia en la tienda. Su madre había salido con rumbo desconocido y le había encargado guardar sus cuatro trastos y a su hermana menor. Sabía que aquella tarea no era de poca importancia. De vez en cuando salía de debajo de las mantas de la cama para echar un vistazo fugaz fuera, donde otros niños disfrutaban, inmunes al frío, del juego efímero que les regalaba el inesperado nevazo. Pero a falta de su padre, en su infantil cabeza se veía como el hombre de la casa y muy gordo tenía que ser el suceso que le hiciese dejar su puesto, así que después de regalarse la mirada con el juego ajeno, volvía bajo el montón de mantas, donde el cuerpecillo de su hermana se arrebujaba al notar su cálida llegada. No podía imaginar donde había ido su madre, pero eso le daba igual; él ya no se consideraba un niño y sabía cuál era su deber. Los juegos hoy no eran para él y aunque el chillerío de voces infantiles se empecinaba en colarse en la tienda para tentarlo, siguió abrazado a su hermana, acariciando su pelo rubio y le pareció que incluso tosía menos.

Fue entonces cuando sobre el griterío infantil se impuso la algarabía de las voces adultas que se hacían eco de la noticia que corrió como la pólvora por todo el campamento. Al poco, hasta dentro de la tienda, llegó el rumor cada vez más claro del ruido ronco y pesado de los camiones de suministros. El pequeño sonrió; ya sabía dónde estaba su madre.

El silencio.

Volvió cargada y feliz. Hoy la suerte le había hecho un guiño cómplice. La información que celosamente había escondido a todos, había sido absolutamente correcta. Para cuando los grupos organizados de acaparadores reaccionaron para secuestrar el futuro de los necesitados, ella ya caminaba de vuelta a su tienda, despacio, sin prisas, sin llamar la atención. Los sacos ásperos de arpillera repletos de pan y alimentos deshidratados arañaban sus piernas, escondidos bajo la amplia vestimenta que había elegido especialmente para la ocasión. Por eso caminaba despacio, el peso no le dejaba ir más rápido. Sin prisas, para evitar que el vaivén de sus pasos hiciese caer su valioso cargamento. Sin llamar la atención, sobre todo de los que no dudarían en desvalijarla en un instante si sospecharan lo que ocultaba bajo su ropa.

El hambre le pasaba factura del sobreesfuerzo del peso que acarreaba, pero le daba igual, llegó cerca de su tienda agotada, pero feliz. Durante unos días, el espectro del hambre tendría que buscar un nuevo hogar y el frío se pasaría mejor con una buena sopa humeante, sembrada de dorados picatostes.

Pero al acercarse a la puerta, un instinto antiguo la hizo detenerse en seco. Oyó a su espalda un suave jadeo, el sonar de unos pasos atenuados por la capa de nieve y se giró para ver a su hijo que se acercaba tan rápido como sus delgadas piernas le permitían, cargando con un saco tiznado de carbón tan grande como él y sin duda más pesado. A pesar del notable esfuerzo que realizaba, el niño sonreía. A pesar del labio roto, e hinchado, prueba de que aquel saco de carbón no fue fácil de obtener, el niño sonreía. Sólo dejó de sonreír cuando vio a su madre paralizada mirándolo, sin reproches, pero con los ojos arrasados de mar y pena.

Pensó que un camión cargado de víveres era algo tan inesperado como importante, tanto como para desobedecer a su madre. Pensó que su habilidad como ladronzuelo se estaba

desperdiciando allí encerrado. Pensó que por aquel botín valía la pena arriesgarse. Su mente infantil pensó que podría ir y volver tan rápido que su ausencia no tendría importancia.

Permanecieron en silencio, sin mediar palabra, cruzando miradas de tristeza perlada de brillos acuosos. Aquellas almas castigadas sufrieron, calladas, el corte agudo y frío, como el que produce el cristal roto, del hado oscuro de la fatalidad.

Frente a ellos, la silenciosa tienda, amortajada por el manto de la blanca y gélida nieve, mostraba la puerta de lona flameando libremente, sin la seguridad que le daban las correas que la prisa dejó sin cerrar, permitiendo entrar al céfiro cruel, ávido de calor, ávido de vida, dejando en su interior únicamente silencio, un silencio de muerte.